

BANDO DE
LA MAGDALENA
2016
LLANES



5	Índice de Colaboradores
9	Prólogo
10	PROGRAMA DE LAS FIESTAS 2016
13	Premio Clavel de Oro 2016
19	Colaboraciones Llaniscas
23	María Magdalena, Apóstol de los Apóstoles
27	Reflexiones sobre Myriam de Magdala
33	Silencio
37	De pérdidas y permanencias
43	Las primeras aldeanas, los primeros porruanos
51	Aquesta Villa de Llanes
53	Apuntes para un cuadro
57	Tradiciones inventaes
61	El Pinín y los bandos
67	Bellezas vestidas de aldeanas
71	Querida Chabela
73	Ser de la Magdalena
75	Nuestro emblema: el clavel rojo
81	Nuestro Folklore
82	Composición de los Trajes Regionales
87	Cantares
101	Recorrido de la Hoguera
107	Hemeroteca
111	La Magdalena y el Arte
117	Cofradía Amigos de la Capilla de la Magdalena
119	Horario de Misas
123	Colaboraciones infantiles
129	Concurso de fotografía
137	El bando con el deporte
143	Recuerdos para la historia
147	Álbum Fotográfico Fiestas 2015
163	Comisión Bando de La Magdalena
167	Teléfonos de Interés



Sabemos, no sólo por la tradición oral y no sólo por la fotografía, que la presencia de jóvenes vestidas de aldeanas en las fiestas de Llanes supera el siglo y medio¹. Las primeras referencias a la existencia de jóvenes ataviadas “de aldeanas” o de “aldeanas llaniscas” se hallan en unas preciosas crónicas periodísticas de la lejana fecha de 1862.

Ese año, en las fiestas de los bandos primigenios, la Magdalena y san Roque, las “señoritas más distinguidas” acuden a lucirse con “el esbelto y encantador” traje de “aldeanas llaniscas”. En la crónica de la fiesta de san Roque se hace mención expresa de que “varias señoritas hechas un prototipo de la elegancia aldeana” se mezclan con las mozas de uno de los dos ramos que se ofrecen. Lo más probable es que, entre ellas se encontraran las hijas del marqués de Gastañaga y las del gobernador, la máxima autoridad de la provincia, pues el cronista reseña más adelante que todas ellas bailaron el pericote vestidas de aldeanas². Se da la circunstancia de que la marquesa de Gastañaga, Amalia Lombán, animaba la danza prima del bando de la santa “y al verla en ella los de la Magdalena, se llenan de entusiasmo, porque es de su partido y saben lo que en él figura una señora tan distinguida y amante del país”³.

En estos textos, la mirada masculina con orientación heterosexual es evidente. El cronista es un hombre que alaba la belleza de las llamadas “niñas”, sustantivo que debemos traducir como jovencitas solteras. Es muy recurrente el sintagma “bellas niñas”. Pero no sólo se alaban las dotes físicas sino las cualidades artísticas (tipo “el eco argentino” de sus voces) y, lo que aquí interesa, el vestido que lucen, lo que nos brinda una oportunidad para saber algo más de este tema.

El sistema de bandos se inicia en 1837, como manifestación de una rivalidad política que se expresa con el lenguaje de la fiesta y adquiere una oposición territorial. Este es el marco de desarrollo del nuevo sistema festivo de la Modernidad. En este nuevo sistema festivo de Llanes, el antagonismo de los bandos sitúa en la centralidad de la sociabilidad festiva a sus fiestas, marginando, a efectos prácticos, a la Patrona.

Dentro de este marco, se genera un modelo festivo muy interesante, extendido hoy por el Oriente de Asturias, en el que los elementos centrales son los siguientes: festividad de tipo religioso con la procesión: danzas comunitarias y pequeño grupo de baile organizado para la ocasión.

¹Me he ocupado de este tema en “Aldeanas y porruanos. Vestidos para el ritual festivo” en AA.VV. *Bedoniana. Anuario de San Antolín y Naves*, Alvizoras Libros, Oviedo, 2009, págs. 179-205.

²J.M.C., “La Magdalena y San Roque” en Protasio González Solís y Cabal, *Memorias asturianas*, Madrid, 1890, págs. 385-7

³J.M.C. op. cit., pág. 385



Desde esas primeras aldeanas, llamadas así porque no lo son, porque son mujeres de las élites burguesas y aristocráticas que se visten a la manera antigua y rural, hasta la actualidad, hay todo un proceso muy dinámico de creación y recreación de una indumentaria. Este proceso, al que se han ido incorporando las clases medias y bajas, no ha terminado, porque es un proceso vivo que, además, no puede ser visto solo de manera local. Únicamente ampliando la lente se genera el marco para la mejor comprensión del fenómeno.

La construcción de una indumentaria étnica es un hecho que ha ocurrido en Occidente desde finales del siglo XVIII. En el siglo XIX, bajo ciertas claves (como el ascenso de la burguesía, el desarrollo capitalista, la creación de estados-nación, el movimiento romántico) se buscan las llamadas “esencias” de lo patrio en el campesinado, en lo rural, bajo una óptica folklorizante. Se recrean, entonces, indumentarias que son marcadores de espacio. Así, se habla de traje de labrador o labradora asturiano⁴, gallego, valenciano (o escocés o normando) una manera de resaltar el territorio y, con él, la identidad étnica (y no la clase social, por ejemplo).

La emergencia de esta indumentaria sigue una lógica parecida a la de la emergencia, hoy, de los museos etnográficos o de arqueología industrial. A medida que un elemento cultural declina hasta desaparecer y, con él, se va todo un sistema de relaciones o ideas, dicho elemento reaparece convertido en otra cosa, con otro significado. De ser un objeto cultural que se usa para vestirse de modo habitual se convierte en un objeto cultural que se usa para transmitir ideas; que se refieren a la identidad, en este caso, a ese quienes somos desde el punto de vista de la etnicidad. Quienes somos, quienes creemos que somos o cuál es la imagen que queremos proyectar de un “nosotros”.

La indumentaria de uso habitual hasta la tercera década del siglo XIX entre la mayoría de la población era, según el historiador llanisco Manuel García Mijares, así:

“El traje de las mujeres artesanas y de las medianamente acomodadas, lo mismo que el de las labradoras, hasta el primer tercio del presente siglo, consistía en camisa y enagua de cáñamo o lino, justillo de tela pintada, refajo de bayeta, basquiña de jubón de sayal, sayalín o estameña, dengue de bayeta más fina llamada miliquín, y pañuelo de hilo o algodón para la cabeza atado al moño; calzas o medias de lino o lana, corizas o zapato escotado, y un mandil de lienzo o percal pintado. La basquiña nunca bajaba más de 15 a 20 centímetros hasta la planta del pie”⁵.

“Antiguamente todos [los hombres] vestían de igual manera, es a saber, camisa de cáñamo o lino con un ribete por cuello y pechera plegada, calzoncillos de la misma tela, faja de

⁴Trata el caso asturiano Fe Santoveña Zapatero en *Vestidos de asturianos. 150 años de fotografía e indumentaria en Asturias*, Muséu del Pueblu d' Asturias/Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular de Gijón. Gijón, 2013.

⁵Manuel García Mijares, *Apuntes históricos, genealógicos y biográficos de Llanes y sus hombres*. Ed. facs. en *Temas Llanes* nº50, Llanes (El Oriente de Asturias), 1990, págs. 447-448.

⁶Manuel García Mijares, op. cit., pág. 478.



lana azul, encarnada o negra, según el estado o la edad del individuo, calzón corto, chaleco abierto y chaqueta ajustada con aberturas bajo el sobaco, para vestir o no vestir las mangas; medias o calzas de lana, escarpín de sayal y corizas, con la montera de paño”⁶.

El propio García Mijares añade lo que ocurre muy a finales del siglo XIX. Por una parte, esa transformación en el uso, porque ha cambiado el significado del objeto cultural; por otra, su enriquecimiento formal, lo que denota cambio de estatus de las -pocas- usuarias:

“Aquel traje peculiar del país [...] solo se gasta hoy por algunas jóvenes como disfraz en romerías y fiestas populares, pero compuesto de costosas telas y ricos adornos, que cuadran mal con su primitiva sencillez y las naturales gracias de la mujer”⁷.

La indumentaria antigua desaparece, pero no lo hace súbitamente sino de una manera gradual. La juventud, sobre todo la más cercana a los ámbitos urbanos, adopta las nuevas modas industriales, mientras que, en pueblos apartados y entre gente mayor y sin recursos, la indumentaria antigua no será reemplazada con tanta celeridad. Quedarán usos residuales de esos trajes (o de ciertas prendas) en algunas zonas y ámbitos sociales hasta entrado el siglo XX. En Paralelo, la indumentaria cobra una segunda vida, transformada, enriquecida y resignificada.

En el caso del traje de aldeana llanisca, esa segunda vida se circunscribe, fundamentalmente al ámbito del ritual festivo: el acompañamiento y ofrenda de los ramos de pan, que acabará siendo un elemento festivo de la mayor importancia en ese modelo que se va configurando en Llanes. El hecho de que ese ritual sea una actividad asociada a lo femenino, en la que los jóvenes varones solo tienen como tarea el levantar y transportar los ramos, aleja en un principio la indumentaria masculina antigua de este ámbito.

La fotografía, mucho más que los textos, permite ver la evolución formal de la indumentaria femenina en el ámbito de Llanes y del Oriente de Asturias. La riqueza de los abalorios, que alcanza primero a la solitaria; el pañuelo retirado y corto⁸; y la chaquetilla podrían ser los tres elementos más significativos del traje de aldeana llanisca (también la banda) en esa su segunda vida, si la comparamos con otras indumentarias regionales.

Eso es lo que salta a la vista. Pero las diferencias formales se han producido y se están produciendo en el tamaño, volumen, adornos, colores, conjuntos, telas, patrones, etc., de manera que lo que identificamos como traje de aldeana no es un único modelo sino muchos modelos que se han lucido diacrónicamente en estudios fotográficos locales antes de ser reflejados en las fotos en exteriores, sean fiestas

⁶Manuel García Mijares, op. cit., pág. 478.

⁷Manuel García Mijares, op. cit., pág. 478.

⁸La complicada colocación del pañuelo deriva de la uniformación moderna de la tela y color de las prendas (justillo, mandil y pañuelo), ya que una tela apropiada para sostener el busto resulta excesivamente dura e inapropiada para el tocado. El hecho de que haya cursillos para aprender a colocar el pañuelo es bastante significativo.

locales o fotos familiares.

Un estudio que mostrara la evolución de este traje a lo largo de casi siglo y medio permitiría agrupar imágenes dispersas, proporcionando una síntesis evolutiva de interés para investigadores y personas interesadas. Además, se podrían ver esas modas y modelos de los enriquecidos trajes; también discriminar los usos residuales de los usos resignificados que se manifiestan en alguna boda, en los rituales de los ramos en las fiestas o en retratos.

Para lograr las primeras imágenes, en posado, de mujeres y niñas vestidas de aldeanas hay que acudir a los estudios fotográficos. En el estudio Alviach, localizado en la Puerta del Sol madrileña, se retrata, en la temprana fecha de 1872 y a los 7 años de edad, la niña Elisa Rojo Borbolla. Precisamente esta y otras fotos de mujeres adultas de su familia muestran la afición a vestirse de este modo entre los emigrados enriquecidos que viven en Madrid, antes de la gran emigración a Ultramar⁹. No debe extrañar que las personas retratadas pertenezcan a una familia de Cabrales; los lazos familiares y relacionales de las élites permiten el alejamiento de una consideración localista del fenómeno.

Frente a una abundancia de testimonios en el caso del traje femenino, el masculino, llamado desde aproximadamente principios del siglo XX traje de *porruanu*, no aparece hasta muy tardíamente en las descripciones de las fiestas. Es verdad que faltan fuentes: las hemerotecas tienen importantes vacíos y los textos no siempre reflejan lo que la investigación anda buscando. También es cierto que los cronistas, varones, se fijan en las mujeres jóvenes, de las que destacan sus atractivos. Y, lo más importante, que la actividad central, la ofrenda de ramos, es asunto femenino; pedir el pan, amasar, hornear, adornar el ramo y ofrecerlo son cosas que hacen las mujeres.

Efectivamente, es posible que no hubiera hombres vestidos de porruanos en las fiestas hasta finales del XIX o principios del XX, al menos como de costumbre generalizada, pero de ello no se deriva la falta de uso del traje masculino. No debería ser demasiado infrecuente dicho uso entre las élites dado que el propio Príncipe Alfonso de Borbón, que reinaría como Alfonso XII, se viste con trajes étnicos. Existe una fotografía del niño, de 1862, cuando tendría cuatro o cinco años, vestido de andaluz, así como otra, también de muy niño, vestido de asturiano. Nada debe afirmarse con rotundidad pues el estudio de las fuentes está lejos de estar agotado y estas pueden dar aún muchas sorpresas¹⁰.

Las pruebas empíricas del uso del traje en los varones se hallan en fotos coetáneas a las de las mujeres y niñas antes citadas. Por ejemplo, Manolo Maya publica en *La foto y su historia* una instantánea de 1871, una de las más antiguas datadas, con el siguiente pie: "Esta es, quizá la más antigua de las

⁹Juaco López Álvarez "Miguel Rojo Borbolla. Vida y fotografías de un <<espíritu observador>>" en Juaco López Álvarez (Ed.) *Fotografías de la vida campesina. Puertas de Cabrales 1904-1913*. Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular. Ayuntamiento de Gijón, 2007, pág. 15.

¹⁰Por ejemplo, la visión de que el traje de aldeana está proscrito para la tercera edad y solo se empieza a usar en los últimos años se tambalea al ver una foto de dos ancianas vestidas de aldeanas tomada hace unos 60 años en San Roque del Acebal. Se tratará, efectivamente, de casos aislados pero esto puede ser muestra de una incipiente tendencia.



fotografías que figuran en el presente libro. El pequeño “porruanu” es, nada más y nada menos, que don José Pellico Vega, de grata recordación en la villa. (Año 1871)”¹¹. Y no solo fotos; un hombre adulto vestido a la usanza antigua (todavía no se denominaba *porruanu* en esas fechas) protagoniza la cabecera del más importante periódico de Llanes y de la zona, *El Oriente de Asturias*, desde 1886.



ELISA ROJO BORBOLLA, 1872



JOSÉ PELLICO VEGA, 1871

El traje que hoy llamamos de porruanu toma como características identificativas los negros adornos remontados en calzón y chaqueta, y una forma de vestir esta última dejando las mangas sueltas. El traje masculino, conforme a unos patrones de identidad de género que priorizan la sobriedad, sufrirá muchas menos transformaciones que el femenino, pero ello no quiere decir que haya permanecido invariable.

Bien es cierto que, hasta que no comienza la moda de interpretar bailes antiguos (a lo suelto) en funciones teatrales y de potenciar su representación en concursos, no surge el contexto donde los hombres tengan un que-hacer vestidos con esa indumentaria. Los gaiteros pronto lucen el traje. Y los bailadores de pericote son requeridos en los concursos a vestirse así. Ello ocurre ya entrado el siglo XX. La excepción bien conocida es la fiesta de Coapa (México) organizada por la llanisca familia Toriello. En la del año 1890, hay una foto donde se ve un grupo de diez hombres y un niño vestidos con la indumentaria ritual. En otra foto de la misma fiesta y fecha, los portadores del ramo son hombres vestidos de porruanos. También en las tierras americanas, esta vez de Cuba, es la foto realizada hacia 1875 de un hombre del concejo de Salas que viste un traje muy parecido al de los de la fiesta de Coapa, que no tendríamos

¹¹La foto y su historia, vol. VI, El Oriente de Asturias, Llanes, 1991, pág. 37. Rosa García Quirós “La fotografía en Llanes” en M^a Cruz Morales Saro (Cord.) *Llanes, viejas historias, nuevos patrimonios*. El Oriente de Asturias. Temas Llanes n^o 104. Llanes, 2004, p. 264.



dificultades en identificar hoy como porruanu¹².

De alguna forma, la importancia que cobra en Llanes el ramo y su cortejo de mujeres y niñas cantoras, eje fundamental del modelo festivo, contribuirá a que los hombres jóvenes se mantengan al margen del ritual, salvo en lo que respecta a ser portadores de los pesados ramos (por cierto, antes más altos y pesados que ahora). En otros lugares, son los hombres quienes protagonizan la indumentaria “típica”; es el caso de Escocia, cuyo kilt o falda escocesa es una creación de un industrial inglés, más moderna de lo que se cree. Trevor-Roper ha desvelado su fascinante recorrido en un sugestivo e influyente libro colectivo que lleva por título *La invención de la tradición*¹³.

En la segunda mitad del siglo XX, los hombres se han ido incorporando a los ramos con el traje de porruanu; y, en el caso del bando de la Magdalena, como portadores de la hoguera o árbol ritual. En los últimos años se está produciendo una incorporación masiva de los hombres ataviados de esa manera, lo que genera un importante excedente masculino.

Ese excedente se absorbe al crear un grupo compacto al que se asigna o autoasigna un lugar en la procesión, donde hombres y niños lucen sus trajes como lucen mujeres y niñas, llevando el ritmo con los palos. Nada extraño en esta época caracterizada por el esteticismo y la espectacularización de los rituales.

Ambos trajes van a ser pronto declarados Bienes de Interés Cultural, por iniciativa de los tres bandos y el grupo de El Pericote que, como representantes de la sociedad civil, realizaron la solicitud a trevés de un documentado dossier elaborado, en nombre de todos, por Magdalena Fernández-Peña Bernaldo de Quirós. La declaración BIC marcará un definitivo paso administrativo para la consideración de estos elementos culturales como patrimonio.

YOLANDA CERRA BADA

¹²Juaco López Álvarez (Ed.) *Asturianos en América (1840-1940). Fotografía y emigración*. Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular. Ayuntamiento de Gijón, 2000, págs. 46, 184 y 187.

¹³Hugo Trevor-Roper “La invención de la tradición: la tradición de las Highlands en Escocia” en Eric Hobsbawm Terence Rangers (Eds.) *La invención de la tradición*. Crítica. Barcelona 2002, págs. 23-48.

